

Salud

Buenos Aires, miércoles 7 de enero de 1998

NCION ■ PSICOLOGIA ■ NUEVOS TRATAMIENTOS ■ CARDIOLOGIA ■ NUTRICION ■ ENTREVISTAS

EL LIBERAL, S. del Estero; EL TERRITORIO, Posadas; PREGON, Jujuy; LA CAPITAL, Rosario; LA GACETA, Tucumán; LA NUEVA PROVINCIA, B. Blanca; LA VOZ DEL INTERIOR, Cba.; RIO NEGRO, G. Rocca



Magdalena y Sonia (un nombre supuesto), protagonistas de una historia singular. La cara de la paciente fue tratada digitalmente para preservar su identidad.

La vida no es como las películas: muchas veces no tiene final feliz. Lo saben Gabriela y Magdalena, que se dedican a acompañar a enfermos terminales. Lo sabe Sonia, a quien hace apenas dos meses el SIDA le arrebató a su hija Jazmín, de sólo 4 años.

Estas tres mujeres, a quienes la vida unió en algún punto del camino, están sentadas a la mesa de un bar para contar, en el caso de las dos primeras, cómo es eso de enfrentarse a la muerte casi a diario, creando vínculos muy profundos en muy poco tiempo con quienes están a punto de partir. Sonia, desde su experiencia, tratará de explicar la importancia de sentirse acompañada cuando la vida se complica al extremo.

"Nuestro trabajo comienza cuando el médico diagnostica una enfermedad irreversible que no hay manera de combatir -dice Gabriela Fernández, que divide sus tareas cotidianas entre los enfermos terminales y su trabajo en un laboratorio. El problema es que, en algunos casos, los médicos se enzanan con ganar la batalla y no ven el límite. Siguen y siguen sin reparar en el sufrimiento del paciente. Y ellos, por ahora, tienen la última palabra."

Ambas coinciden en que el acompañamiento se da a partir de una serie de charlas, desde un plano en donde imperan la intimidad y la confianza.

"Es algo muy especial y muy difícil de explicar -comenta Magdalena Mosquera, que es ama de casa. Recuerdo un paciente del hospital Fernández que había sido emplea-

El amor que excede la vida

Para desterrar la soledad, los acompañantes terapéuticos se acercan a los pacientes graves y construyen una relación que va más allá de la amistad, e incluso de la muerte

do del lugar. Todo sus compañeros del hospital lo visitaban y lo cuidaban. Sin embargo, luego de tres entrevistas conmigo, en medio del llanto, me confesó que se sentía solo. Me habló de sus angustias y de sus miedos, que no lo dejaban dormir de noche. Entonces comprendí que, evidentemente, pese a la cantidad de gente que lo rodeaba a diario, él no podía comunicarse con ellos de la manera que necesitaba."

Trabajar con uno mismo

Gabriela amplía: "Se trata de acompañar al paciente con sumo respeto, sabiduría y con todo el amor que se le pueda dar. Hay que ser muy cautelosos porque la idea

es no interferir en el proceso de muerte de las personas, que es un proceso particular que siempre nos deja enseñanzas".

Magdalena y Gabriela son personas como todas. Podrían ser nuestras vecinas, amigas, o incluso algunos de nosotros mismos. Pero, a diferencia de lo que le ocurre a la mayor parte de las personas, a ellas la idea de la muerte no las ahuyenta, las fascina. Ambas llegaron a Niketana (una fundación que prepara acompañantes para enfermos terminales) de diferentes maneras y por distintos motivos. Gabriela se acercó tras la pérdida de varios seres queridos. "Me sentía muy mal -recuerda-. Llegué a Niketana y al

poco tiempo tomé conciencia de que en realidad estaba trabajando sobre mi propia muerte y mis miedos. Eso no era mi idea original, claro, pero comprendí que si no lo hacía, jamás podría asistir a otros. Antes de tomar los cursos, imaginaba que la tarea era más fría y que durante las clases me explicarían simplemente cómo se atendía a un enfermo. En cambio, me encontré con gente sencilla, con charlas profundas y con el tener que enfrentarme a mis propios fantasmas. Hace dos años que lo hago y puedo decir que mi vida cambió radicalmente."

Magdalena se encontró un día con que sus hijos habían crecido y con muchas ganas de hacer algo.

"Una señora me contó que en los hospitales habían muchos chicos jóvenes que morían de SIDA en soledad -dice-. Por ello comencé un seminario de dos años que incluía prácticas hospitalarias. Me interesé especialmente por los pacientes psiquiátricos, pero me di cuenta de que no era lo mío. Comencé a trabajar con una fundación que se dedica a cuidar chiquitos que perdieron a sus padres por el SIDA. Un día llegó a mis manos un libro cuyo autor, Hugo Dopaso, es el presidente de Niketana. Me pareció muy interesante su enfoque."

Lo que no sabía Magdalena hasta ese momento era que estaba a punto de vivir una de las historias que más la marcó en su vida, según sus propias palabras.

La historia de Jazmín

Jazmín nació con el virus del SIDA en la sangre. Hasta los dos años no tuvo más problemas de salud que los de cualquier nena de su edad. Sin embargo, las cosas se complicaron y las visitas al hospital se hicieron cada vez más frecuentes. Cuando la cantidad de días de internación superaba a la de los días de estar en casa, los médicos se dieron cuenta de que para la pequeña paciente, la batalla estaba perdida.

Un día Sonia, la mamá, recibió en el hospital a una persona que venía a conversar con ella. A escucharla, le dijeron: Era Hugo Dopaso. "Me pareció algo intrascendente -recuerda-. Yo no sentía la necesidad de hablar con nadie porque tenía muchos amigos. Sin embar-

Continúa en Pág. 2